

Un día sin Teresa

Ricardo G. Manrique

© Ricardo G. Manrique, 2016

Edición propiedad de Piel de Zapa

Diseño cubierta: Miguel R. Cabot

ISBN: 978-84-16288-76-2

Depósito Legal:

Imprime: Ulzama

Impreso en España

1

El 13 de junio de 1994, lunes, me levanté temprano. Me vestí en silencio para no despertar a Marcos y Lenox, que dormían desnudos y tranquilos, el uno en la cama y el otro sobre la moqueta, uno estirado y otro encogido, uno como muerto y otro como no acabado de nacer, ajenos a la vida y a la luz que ya se filtraba a través de las cortinas del estudio. Salí a la calle. Aún no serían las siete, pero el calor era el mismo fuera que dentro, acaso más húmedo, y sólo hallé alivio al entrar en la cafetería de la Avenida de Amsterdam en la que solía desayunar zumo, café, pan y huevos, fritos o revueltos, sentado en uno de esos sillones dobles de escay tan cómodos y atendido por la misma camarera griega y amable de cada mañana. Fue ella la que me hizo sentir mejor, más que el fresco artificial, excesivo y poco sano del aire acondicionado. Era todavía primavera según el calendario, pero la primavera se había marchado a finales de mayo y con ella el azul del cielo, que fue sustituido por un blanco denso, invariable y obsesivo que cubría la ciudad y la calentaba cada vez más. Yo no paré de sudar, de ducharme y de volver a sudar, y las noches

no eran más suaves que los días: el cielo blanco se volvía rojo, pero el termómetro no bajaba, ni la humedad.

Me despertaba a menudo aquellas noches, las calurosas y las de antes, no sería sólo por el calor. Me despertaba y me levantaba y si mi ánimo era contemplativo pasaba un buen rato mirando a través del ancho ventanal los aviones que surcaban el cielo del noroeste y lo llenaban de puntos luminosos. A veces podía ver también una gran mancha radiante sobre la llanura negra del Bronx, que se desplegaba lejana frente a ese ventanal de mi estudio del undécimo piso de Butler Hall, un gran edificio de ladrillo rojo de la calle 119 que pertenecía a la Universidad de Columbia y en el que viví durante los casi tres meses que duró mi estancia. Tardé en saber que se trataba del estadio de los Yankees. Sus focos permanecían encendidos hasta muy tarde varios días a la semana y así me los encontraba en tantas de esas medianoches. No suelo acostarme pronto, aunque sí lo hice allí, casi nunca después de las once, y mis desvelos no tardaban mucho en llegar, apenas después de dos o tres horas de sueño. Miraba los aviones y cuando ya me abrumaba el silencio abría una de las dos ventanas de guillotina y sentía el frío de la noche en la cara y ese otro silencio de la calle en calma aderezado con el rumor sordo de un tráfico distante o, ya en junio, el acoso de aquel calor tan particular, sí, una de las cosas que mejor recuerdo de aquella ciudad es el tiempo, porque además de asomarme a la ventana paseé mucho o porque cambió muy deprisa y eso me sorprendió, y lo que sorprende no se olvida. Los días de abril, recién llegado, fueron gélidos, sobre todo las mañanas, que me recibían con una atmósfera limpiísima, como de cristal, y con un cielo de intenso azul, no menos azul sino aún más cuando se mezclaba con el gris claro de las nubes que veía pasar veloces sobre mi cabeza mientras cami-

naba por cualquier parte, fueron días ventosos también. Luego el tiempo se templó a lo largo de mayo y fue delicioso por unos días hasta que, de repente, cayó sobre la ciudad este manto blanco, este calor asfixiante, y la ciudad se quedó sin aire, sin azul, sin cielo.

Otras noches mi insomnio era más comunicativo y entonces me sentaba frente al escritorio, entre la cama y la cocina americana, y escribía una carta para Teresa, una de las tantas que le escribí aquella temporada, todas a París, muchas a esas horas intempestivas de la madrugada en las que la soledad oprime y desespera. Escribirla me ayudaba a sobrellevar las horas en vela y me cansaba y así volvía a dormirme y a la mañana siguiente me despertaba de mejor humor. Fuese nocturno o diurno, ese afán comunicativo no fructificaba en mucho más que en eso, en escribir cartas, y no llegaba a sacarme del estado de introspección y ensoñación al que todo me inclinaba: la soledad, los largos paseos, las cartas escritas y las leídas y el trabajo que tenía entre manos, la traducción de un libro, que me obligaba a quedarme en el estudio la mayor parte del tiempo. Y cuando salía la cosa no cambiaba mucho, porque, por mucha gente con la que me cruzase y a la que mirase y viese, tenía la sensación de que nadie me veía a mí y de que, por tanto, no estaba del todo allí. Además, estaba enamorado de Teresa y ella, el único objeto de mi deseo, estaba muy lejos, con lo que mi sensación de ajenidad o extrañamiento aumentaba.

Hoy la cosa sí tendría que cambiar, porque no estaba solo. Después del desayuno subí al estudio y encontré a mis huéspedes ya levantados y dispuestos a iniciar una nueva e intensa jornada turística, la última, su vuelta a Madrid prevista para mañana. Habían llegado el viernes, Marcos mi más cotidiano amigo y Lenox el amigo de Marcos y amigo mío oca-

sional, nos veíamos siempre con Marcos de por medio y la ocasión solía ser la de algún concierto, así los llamábamos y se siguen llamando, aunque ahora la palabra se me hace demasiado pomposa para nombrar el recital o actuación de un grupo de rocanrol, en fin, no tengo otra mejor, el caso es que lo de asistir a conciertos fue casi semanal durante unos años, en el Siroco o en el Ya'stá o en la Universal o en algún barrio de las afueras, o pueblo, y Lenox casi siempre aparecía. Lo llamaban así seguramente por derivación de Lennon, esto digo yo que por las gafas, usaba unas redondas de montura metálica como las del cantante y compositor de los Beatles, y puede que además se diera un aire, gafas aparte. O también por lo mucho que le gustaba la música pop. A todos nos gustaba, pero más a él, o se la tomaba más en serio, sabía mucho y estaba al día, era un auténtico aficionado y en los conciertos solía quedarse abstraído mirando el escenario y escuchando con atención. Durante los pocos días que estuvo en Nueva York compró muchos discos, no como yo, que no compré ninguno en tres meses, porque por aquel tiempo estaba alejándome de la música, como de tantas otras cosas, de todas menos de Teresa. El viernes, recién llegados ellos e instalados en el estudio, lo primero que hicimos fue bajar paseando hacia el downtown o centro de la ciudad y pasar adrede por el edificio Dakota, cómo no, y en la puerta que da a la calle 72 Marcos consiguió tirarle al suelo, a Lenox, no sin algún forcejeo porque no se dejó por las buenas, no era amigo de estridencias, si acaso musicales y tampoco demasiado, no era su estilo. Lo tiró al suelo ante la mirada atónita del portero, que ya no sería José Perdomo, habían pasado catorce años, y yo les hice una foto, Marcos en el papel de Mark David Chapman o del propio Perdomo, vete a saber, apuntándole con la pistola que formaban sus dedos. La segunda muerte de

John Lennon, éste acordamos que sería el pie de foto, esta vez no del todo por sorpresa, esta vez la víctima yacente ya de antemano y con el aspecto acalorado y encrespado de quien se ha resistido, dónde estará esa foto, alguno de ellos la tendrá, o la habrá perdido.

La de Marcos y Lenox fue la segunda de las dos visitas que recibí en Nueva York, la primera la de mis hermanas y mi cuñado un par de semanas antes. Lo pasamos muy bien todos, pero recuerdo esa primera visita más que nada por lo bien que se lo pasó mi hermana pequeña, a la que nunca he estado muy unido. Me gusta recordar aquella visita porque al hacerlo me doy cuenta de que ella es mi hermana y no cualquier otra persona con la que pueda tener otro tipo de vínculo distinto del fraterno, porque lo complacido que me sentí al presenciar y compartir su alegría y ser, en parte, el causante de ella, eso sólo se siente, o de cierta forma peculiar, con una hermana pequeña y con nadie más, no porque sea más intenso sino porque es distinto. El día que llegaron hay que ver lo mal que lo pasó al principio, y todo porque mi madre se había empeñado en meter un par de buenos chorizos en su equipaje a pesar de mis advertencias. Al fin y al cabo, somos de pueblo y algo queda. Allí estaba yo, en el aeropuerto de Newark, al otro lado del río Hudson, en el estado de Nueva Jersey, el mismo al que llegué yo un mediodía acompañado de un terrible dolor de cabeza, por haber estado bebiendo durante el viaje, una mezcla de baileys primero con café y luego con whisky, la azafata disfrutaba repartiéndola entre los pasajeros del fondo, los fumadores y a lo que parece bebedores, y con la diferencia horaria y el jetlag no acabó de sentarme bien, me sentó fatal, así que tomé un taxi, y posesión de mi estudio, y me metí en la cama hasta las seis de la mañana del día siguiente, y sólo entonces estuve en dis-

posición de salir a las calles vacías y tempranas del domingo y empezar a tomar posesión también de los alrededores.

Allí estaba yo de nuevo, esta vez con mejor cabeza, a un lado del control de equipajes, y allí estaban ellos, al otro lado, y veía cómo abrían las bolsas de mi hermana mayor y de mi cuñado, viajeros muy habituales ellos y por lo menos en esta ocasión sin chorizos, con lo que tranquilos, y cómo los seguía mi hermana pequeña, la cara blanca de angustia, viajera mucho menos frecuente y con el chorizo en la alforja, no me cabía duda, mi madre me lo había anunciado muy satisfecha, ya verás qué bien os van, hombre, qué van a decir. El gesto calmante de mi hermana mayor no surtió ningún efecto ante la inminencia del registro, mas cuando le tocó el turno hubo suerte porque la aduanera negra no advirtió su palidez, o la atribuyó a otras causas distintas del tránsito ilegal de chacina, quizás al largo viaje o al ancestral miedo a la autoridad, o le daba igual y abría las bolsas de manera aleatoria, no creo que supiera nada de chorizos ni tenía por qué saber de las costumbres de mi familia, e hizo un gesto para que pasara que, éste sí, nos calmó a todos, también a mi hermana pequeña en buena medida. Del todo se le pasó ya dentro del taxi amarillo y amplio, eso ya gusta, y poco a poco fue dejando de despotricar de mi madre según iban surgiendo los rascacielos en el horizonte cercano. Luego, por la tarde, los llevé a dar la vuelta a Manhattan en un barco que recorría los dos brazos del río Hudson y rodeaba la Isla de la Libertad, un barco para turistas con muy pocos aquel día, debía ser un jueves, en el que servían cervezas Heineken al módico precio de dos dólares. Nos sentaron muy bien a todos y en particular a mi hermana pequeña, que se acercó al mástil de popa en el que ondeaba al viento la bandera de las barras y estrellas, se agarró a ella y le hicimos una foto que prometimos no enseñar a na -

die. Algo tiene ese país o esa ciudad que nada más llegar, y por muy antiamericano que hayas sido o creído ser, agarras su bandera con algo más que ironía. Otra foto que vete a saber dónde anda.

Nos bajamos en el Battery Park, en la parte sur de Manhattan, y fuimos hasta el World Trade Center para subir a las torres y mirar el panorama. Sí, yo también me acuerdo de dónde estaba y qué hacía el día en que derribaron las torres gemelas. Muchos años antes, me sorprendió leer en un libro de Frederick Forsyth, *Odessa* se titulaba, un libro que había por casa y que leí varias veces porque me gustaba mucho la trama, era un periodista alemán de los años sesenta que investigaba a una organización secreta, Odessa, dedicada a esconder a nazis perseguidos, darles pasaportes e identidades falsas, facilitarles un pasaje para Sudamérica o, si era posible mantenerlos en Alemania, un puesto digno en la administración pública o un pequeño negocio que regentar discretamente, cosas así, y según la investigaba descubría que uno de esos nazis, de las SS, había matado a su padre, oficial de la Wehrmacht, en algún lugar del Báltico, cuando la guerra tocaba a su fin y los alemanes se estaban retirando, y como consecuencia de una disputa por ver quién se quedaba con un barco para repatriar soldados. La novela te iba contando las dos historias, la del periodista y la de su padre, según el uno iba descubriendo la historia del otro, un tipo de novela que diría que ahora se escribe mucho, si es que no se ha escrito siempre, y que me gusta, ésa desde luego, también porque el protagonista tenía un Jaguar coupé como uno que yo tenía de juguete, de esos pequeñitos de metal, el suyo de verdad, con el que conducía a ciento sesenta por la autopista cruzando Alemania de norte a sur, y una noche en que llovía y tenía sueño redujo la velocidad a ciento veinte, detalles que que-

dan grabados para siempre en la memoria sin que uno sepa por qué. Y tenía una novia muy guapa con la que se citaba en un hotel después de varios días sin verse, él medio de incógnito para no perjudicarse a sí mismo ni a la investigación, el asunto se volvía cada vez más peligroso, llegaban en coches separados y se juntaban en la habitación. Ella quería saberlo todo, pero él decía: lo primero es lo primero, y la tumbaba sobre la cama. “Una hora después”, seguía el libro, él le contó tal y tal, lo que fuera. Yo leía y releía ese término misterioso como si a base de reiterar la lectura de esas tres palabras pudiera averiguar lo que había pasado en ese lapso de tiempo, y pensaba que una hora debía ser la duración de ese tipo de encuentros de los que yo aún no podía tener experiencia, el encuentro de Peter Miller con su novia y cualquier otro de esa especie, quién sabe si no sigo con esa idea en la cabeza; lo que sí sé es que todavía sigo deseando ser Peter Miller, del que todo me gustaba, su época, el coche, la novia, el padre oficial del ejército alemán, condecorado con unas hojas de roble.

Lo que me sorprendió leer en ese libro, y sorprender no es el verbo porque a esas edades nada sorprende en realidad, o todo, y por eso se recuerda cualquier cosa, es que él iba conduciendo un día cuando oyó en la radio la noticia del asesinato de Kennedy, y entonces aminoró la marcha y acabó por parar en el arcén para seguir escuchando con más atención y para tomar conciencia de la magnitud del hecho. No sé si en ese mismo libro y pasaje, o era en otro libro, se decía que todo el mundo se acuerda de dónde estaba cuando se enteró de la muerte de Kennedy, y creo que esto último fue lo que de veras me sorprendió, no que él se parase, sino que todo el mundo se parase a la vez. Yo no tenía un recuerdo de ese estilo, no entonces, no desde luego de lo de Kennedy porque aún no había nacido ni me habían concebido, pensar en mí

es posible que ya sí, o en algo más abstracto que después acabó por concretarse en mí. Ahora, en cambio, ya tengo alguno, como el de la muerte de Kurt Cobain, ya sé que no es Kennedy, o como el ataque a las torres gemelas, éste de tanta o mayor trascendencia, estaba desayunando a las tres de la tarde en el comedor de mi casa de Barcelona, se ve que había salido la noche anterior o acostado muy tarde en cualquier caso, y viendo el telediario, debía ser esa presentadora de siempre, Ana se llama, qué difícil debe ser gustar a todos durante tanto tiempo, y mi desajuste horario me aproximó a la tragedia, que tenía lugar más o menos a la hora en que uno se levanta y desayuna, como yo hacía en ese momento, ellos un rato antes, demasiado pronto, se les tendrían que haber pegado las sábanas aquella mañana y habrían seguido vivos, todo es tan azaroso. Por la tarde, fui a un cine de la Diagonal a ver *Los otros*, una película de Amenábar que no me gustó, y tuve que comentar la noticia con las dos chicas con las que fui, de una ya ni me acuerdo, de la otra un poco más, muy poco, ni siquiera el nombre, sí, Anna, o Aina, igual me acordaría de más cosas tuyas si me pusiera a pensar, y no la pude comentar con quien me habría gustado porque a esas horas de la noche quien habría querido tener al lado acababa de tomar el tren en París para La Tour de Carol, en la frontera pirenaica, donde tomaría el de Barcelona, y tuve que aguardar hasta la mañana siguiente, fui a esperarla a Sants, por vía aérea no habría podido volver porque cerraron los aeropuertos de París, ni querido, porque odia volar, al menos dentro de un avión.

Aquel otro día, el de la visita de mis hermanas, las Torres permanecían todavía erguidas y aún lo seguirían estando por varios años, y nosotros subimos a una de ellas a última hora de la tarde. Arriba, en el último piso, diáfano, uno podía mo-

verse con libertad y la vista hacia los cuatro puntos cardinales era espléndida, un despliegue único de luz y de geografía, la noche eléctrica a un lado, al otro el sol poniente tiñendo de rojo el río y las islas, quien haya subido a esa hora no es fácil que lo haya olvidado, ahora ya no se puede, otra torre harán o habrán hecho. Mi hermana pequeña estaba emocionada y dijo que nunca había visto nada tan bonito, y yo pensé que tenía que ser cierto, y eso me hizo sentir bien, que ella se emocionase así, y me sigo sintiendo bien cada vez que me acuerdo.